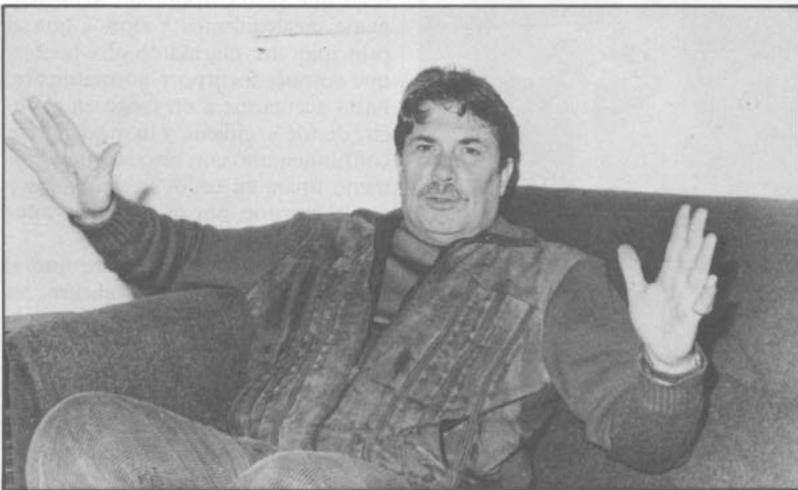


POLI DELANO DE REGRESO EN CHILE LITERATURA CON LOS GUANTES PUESTOS

Roberto Brodsky



Aficionado a los alacranes y al box, estudioso de la literatura norteamericana y marcado personalmente por Hemingway y sus contemporáneos Faulkner, Dos Passos y Steinbeck, Poli Délano regresó a Chile como si nunca se hubiese ido muy lejos de aquí: "Mis personajes son los mismos. Si entro a un bar de Catedral, sé que habrá un tipo jugando dominó o tomándose una copa de vino". En suma, seres marginales o existencias provincianas que lo obsesionan desde siempre. Viajero infatigable (nació en Madrid hace 48 años y pasó su infancia en Ciudad de México y en Nueva York, junto a sus padres Luis Enrique Délano y Lola Falcón), algo ha cambiado para él, sin embargo, desde que tuvo que dejar su cargo de profesor de literatura norteamericana en la Universidad de Chile para dirigirse rumbo a Suecia y luego a Ciudad de México, donde residió todos estos años.

Con un importante Premio Casa de las Américas en la maleta y cerca de seis nuevos títulos publicados, entre los que destacan Cambio de máscara, Sin morir del todo y Dos lagartos en una botella, Poli regresó del exilio convertido en uno de los escritores más prolíficos y difundidos de su generación, la "novissima", como la denominó José Donoso. "Con la perspectiva que da el tiempo —dice—, hoy creo que sus principales rasgos son la ruptura de la solemnidad y el quitarse todo temor frente al lenguaje. Ya es posible detectar líneas afines y coherentes entre artistas como Raúl Ruiz, Antonio Skármeta o Luis Domínguez, por citar a algunos".

Coloquial al escribir, parco al hablar, Poli Délano posee un fuerte parecido físico con su maestro norteamericano ("el cuento contemporáneo puede dividirse entre antes y después de Hemingway"); lee con gusto a Jorge Teillier ("el gran poeta chileno de este momento"), y de quien compara sus primeros libros con los de la generación joven de hoy: "Han perdido grados de inge-

nuidad que otras generaciones siempre tuvieron. Comparar la sensibilidad de Teillier con la de los nuevos es darse cuenta de que los jóvenes de este momento son mucho más alertas frente a lo que pasa; han sufrido embestidas mucho más duras que otros, lo que la hace ser una generación nerviosa".

Aun así, Poli Délano conserva intacta a través de los años una abso-

luta falta de complacencia en su trabajo, actitud que le hizo decir a Alfonso Calderón alguna vez que "Poli Délano pertenecía a esa rara especie de escritor que verdaderamente busca el juicio ajeno para meditarlo". Erán los tiempos de *Cero a la izquierda*, *Cambalache* y *Amaneció Nublado* cuando Poli escribía sus primeros cuentos y venía "un fracaso tras otro y otro tras el otro, hasta aprender o empezar a aprender".

Junto con publicar *Alacrán Negro*, APSI quiso saber cómo fueron los primeros asaltos y cómo serán los rounds siguientes con Poli Délano de regreso en Chile, desde el principio

Uno de tus primeros libros, "Amaneció Nublado", postulaba una literatura de lo social, en donde las opciones ideológicas ocupaban un lugar de primera importancia; apelabas a la conciencia y al compromiso...

El cuento que le da título al libro, *Amaneció Nublado*, muestra un tema que me ha interesado y me interesa muchísimo, cual es las formas de lucha con que los obreros pelean por sus reivindicaciones y sus posibilidades en una sociedad que los discrimina; y también me interesa el cómo, dentro de medios muy semejantes, hay personas que llegan a una conciencia de clase muy definida y otras que no. Recuerdo que de ese libro hizo una crítica muy desfavorable Luis Sánchez Latorre; en una de las anti-solapas, que firmaba como Filebo, dijo más o menos así: "Ha amanecido nublado en nuestra literatura". Me gusta que mis libros despierten aversión o aplausos; lo que no soporto es que pasen inadvertidos. Otro libro mío, *Cuadrilátero*, también sacó el grito enfadado de un crítico que dijo que era lo peor que se había escrito en toda la literatura chilena.

Sin embargo, no sólo los críticos han protestado. Un lector anónimo escribió en su propio libro, al final del cuento "Amaneció Nublado", que se trataba de "un cuaderno de educación popular y no de un cuento".

(Poli solicita ver el ejemplar intervenido y se lo pasamos; lee atentamente y luego sonrío). En primer lugar, no entiendo bien lo que es siquiera el "realismo socialista" o lo que ha llegado a considerarse como tal por parte de la crítica actual latinoamericana. Me parece que se tilda con un tanto de facilidad obras que son demasiado realistas o que tienden

a hacer un realismo social y a mostrar con cierta evidencia aspectos de esa realidad. Sin embargo, yo he leído muy buenos libros que son o pertenecen a las concepciones de esta escuela sin que yo mismo me confunda con ellos. No me gusta autodefinirme, pero no me considero adscrito a esta tendencia. Se exagera por parte de la crítica en descalificar una tendencia que, si bien puede tener bases teóricas que no sirven para todas las realidades, todas las sociedades o para todas las situaciones, ha demostrado dar buenas obras a la literatura.

¿Habría gratuidad en la crítica, entonces?

Puede ser.

Volviendo ahora a tu propio trabajo; hay diferencias importantes entre tus primeros relatos y los de "Dos lagartos en una botella", por ejemplo. ¿Cuál es tu perspectiva de esos cambios?

Escritos a casi quince años de distancia por una persona que ha estado escribiendo siempre, pienso que tiene que haber una diferencia. El escritor es un aprendiz toda la vida. Hasta los más grandes escritores de las obras más acabadas son todavía unos aprendices. No se termina nunca, se está en constante evolución y los cuentos de *Dos lagartos en una botella* muestran lo que pasa con doce años de trabajo; y, desde luego, creo que son más acabados donde posiblemente se ha plasmado ya un estilo, una forma de expresión sólida. La diferencia está en los quince años en sí, de maduración de la persona; es decir, en la mayor profundidad con que se logran ver los gestos de la vida y en el acentuarse de los puntos de vista (que fundamentalmente son los mismos, porque creo que estos han seguido siendo los expresados en *Gente Solitaria* y *Amaneció Nublado*; sobre el amor, sobre la amistad, sobre la soledad, sobre la vejez). Creo que esto no ha cambiado mucho, pero sí se ha afinado y ha llegado a una mayor síntesis, que es un poco lo que yo busco en la literatura. Es decir que mantendrías intacta tu declaración de fe, en el sentido de que la literatura "es una herramienta de las muchas que trabajan incansablemente y de muchas formas por cambiar la sociedad", tal como la formulaste en esos primeros años.

Sigo pensando exactamente lo mismo, quizás con un poco más de escepticismo hoy en día respecto a las posibilidades de la literatura de cam-



biar nuestro estado de cosas; pero, en todo caso, sigue siendo una de las muchas herramientas. Yo lo he sentido, porque hay libros que he leído y me han hecho cambiar; es decir, me han ayudado a buscar y a encontrar realidades más allá de mis narices. Y el encuentro de esas realidades me ha llevado a tener formas de comportamiento distintas.

Algo parecido a lo que sucede con el exilio si uno sabe aprovecharlo, como sucedió en tu caso.

Es cierto; a mí el exilio me despertó el latinoamericanismo, me desprovincionó, pues me hizo conocer y entrar en contacto con escritores argentinos, panameños, uruguayos, nicaragüenses que vivían en México y muchos de los cuales se iban yendo en la medida en que cambiaban las situaciones de sus países. Eso fue una experiencia muy interesante porque de algún modo hay una especie de éter común entre los escritores de distintas partes y especialmente cuando tienen el mismo norte. Fue la gran lección del exilio.

Pero en tu trabajo concreto, ¿cómo actuó el exilio, qué consecuencias trajo para tu literatura?

A mí el exilio me produjo un acercamiento al lenguaje chileno. Por el hecho de estar fuera y desconectado se me produjo la necesidad de acentuar mi identidad; entonces

yo, que soy un escritor coloquial y que ya lo era, me puse más coloquial y empecé a usar con mayor frecuencia y con mayor conciencia chilenismos del habla nuestra. Eso fue una primera etapa. En una segunda etapa me sucedió el fenómeno contrario; noté que se incorporaban a mi lenguaje mexicanismos y ritmos que al principio me alarmaron un poco y que después incorporé normalmente, hasta acercarme a un juego en el decir, donde lo chileno y lo mexicano se confunden uno con otro. Es un fenómeno típico en todos los exiliados y que el escritor, por oficio, debe solucionar en su trabajo.

Eso confirma la opinión de que el escritor, en cualquier situación, es siempre un privilegiado; a diferencia tuya, el cuadro común del exiliado es su dificultad con el medio, la añoranza, la asimilación progresiva....

Para mí el problema nunca fue de adaptación, ya que yo había vivido muchos años en México y fuera de Chile, sino que la imposibilidad de volver. Por lo mismo, siempre defino el exilio como parte de un binomio. La otra parte del binomio sería el retorno: o sea que sin el retorno como meta no hay exilio. El que pierde la meta pierde su condición de exiliado. **¿Y por qué tantos lo han perdido?**

No sé. Eso tendrá que decirse con una perspectiva mayor de tiempo. Es cierto que muchos la han perdido, pero no sabemos si son tantos en relación a todos los que hay. Yo siento que están volviendo muchos, porque diez años es un período muy largo, muy crítico, como que el que no vuelve ahora corre el peligro de no volver nunca más.

Y en ese sentido, ¿cómo ha sido tu retorno? ¿Las gentes, la ciudad, los personajes que creaste hace quince años, permanecen todavía?

La llegada ha sido muelle para mí. Muchos me han dicho que se produce una euforia al principio y que después viene la anti-euforia, que es una especie de depresión. Todavía eso no me ha pasado y espero que no me pase; en general, he llegado a una ciudad que reconozco, la misma del personaje de *Cero a la izquierda*: un Santiago que está en su etapa de crecimiento un poco caótico y cuyos cambios en diez años son los normales, ni tantos ni tan grandes. Si hay personajes nuevos, todavía yo no los puedo identificar, tengo que vivirlos primero. Santiago es una ciudad que todavía está por inventarse. □